

LITERATURA

ELENA
SIERRA

Una hija del dolor

Natascha Wodin **Escritora.** En 'Mi madre era de Mariúpol' narra la búsqueda de unos orígenes que se convierte además en una forma de reconciliarse con el pasado

Natascha Wodin dormía de niña, o al menos lo hizo durante una temporada, apretando con fuerza el extremo de una cuerda; en el otro extremo estaba el pie de su madre, en otra habitación, que ella misma había atado antes de decir 'buenas noches, hasta mañana'. O no dormía, directamente. No es que creyera que había monstruos debajo de la cama o dentro del armario o que el hombre del saco se la fuera a llevar, que suelen ser los miedos habituales de los niños. No eran esas las historias de terror que a ella le habían hecho mella. Qué va. La pequeña Natascha vivía aterrorizada porque su madre podía desaparecer en cualquier momento, amenazaba con irse, y no solo mentalmente como cuando se desmayaba o perdía la consciencia o desconectaba de la vida y se caía al suelo, sino que hablaba de algo físico, final: lanzarse a las aguas del río que pasaba cerca de su casa. Un día incluso le preguntó si, cuando de verdad cumpliera lo de tirarse al río, la niña preferiría quedarse con papá o marchar con ella. Y con su hermanita. Natascha dijo que ella también se iría.

La madre terminó ahogándose cuando Natascha tenía diez años y la hermana menor, cuatro. Después de eso, vivió interna en una residencia católica para chicas –lejos del padre, que tampoco estaba muy fino–. En 'Mi madre era de Mariúpol' (publicado por Libros del Asteroide) esta escritora alemana busca y encuentra sus raíces en una pequeña localidad ucraniana, la de su madre, y cuenta con ella lo terrible que fue Europa durante décadas. Revoluciones, guerras, purgas, éxodos for-



zosos, esclavos, abusos, muerte, mucha muerte. Esa fue la herencia de que le dejó su familia. O la Historia, la grande.

Un sueño imposible

Wodin, que nació en 1945 en Fürth, Baviera, ha llegado a ser una escritora galardonada con varios premios –los Hermann Hesse, Hermanos Grimm y Adelbert von Chamisso–. Pero lo cierto es, y eso es lo que se cuenta en 'Mi madre era de Mariúpol', que en su futuro, cuando llegó al mundo, ni siquiera se podía soñar con una carrera parecida. ¿Una carrera ligada a la lengua, a las palabras, y encima en alemán? ¿Cómo? Sus padres, si es que alguna vez se comunicaban, se negaban a escucharla cuando de cría hablaba en ese idioma, que era el que aprendía en el colegio y en la calle de la ciudad en la que aquellos dos trabajadores forzosos del nazismo habían acabado después de años mal-

PERFIL

Natascha Wodin nació en 1945 en Baviera, hija de trabajadores esclavos del Este. Habla alemán, ruso y ucraniano y ha sido traductora e intérprete. En los ochenta comenzó a publicar novela. Ha ganado varios premios en su país. Libros del Asteroide acaba de editar 'Mi madre era de Mariúpol', la búsqueda de los porqués del suicidio de su madre cuando ella tenía diez años.

viviendo en terribles campos –primero de trabajo, después de desplazados–.

No eran judíos, solo eslavos. Raza inferior según Hitler, cuando el Ejército alemán llegaba a sus tierras los mandaba por millares al Reich. Sin ningún derecho. Es una parte de la Historia que la autora se duele de que todavía no se haya contado, opacada por otros relatos de muerte de la Segunda Guerra Mundial. Tras la contienda, muchos de ellos no pudieron volver a sus casas... porque eran considerados traidores por el estalinismo y la sentencia era Siberia o la muerte (que solía ser la misma cosa).

Criada en la pobreza, el margen –los alemanes pos-Hitler siguieron tratando a estas personas como a basura– y la incomunicación, con la amenaza constante del daño y de la muerte, durante muchos años esta traductora e intérprete de ruso y ucraniano que comenzó a publicar novela en la década de los ochenta olvidó todo lo (poco) que había oído contar a su madre sobre Mariúpol y la familia ucraniana. Hace relativamente poco tiempo volvió a meter su nombre en un buscador de internet y, por primera vez, encontró un hilo del que tirar. Había pasado más de medio siglo desde el suicidio de aquella Yevguenia Iváshchenko que muy joven-cita acabó separada de los suyos por la guerra.

Y así fue como, además de desentrañar el pasado de la madre, Wodin acabó encontrando familiares, primos y primas, razones, explicaciones al carácter materno, respuesta a algunas ensoñaciones infantiles que resultaron no serlo tanto, capítulos de una historia colectiva que una y otra vez habla de violencia, de dolor, de trauma. Y de personas que no tuvieron palabras, porque estaban prohibidas, para contar lo que les ocurría.

Quedan muchas zonas oscuras, por supuesto, y para esas a Natascha Wodin solo le sirven la imaginación y la empatía, un hacer las paces con quien le dio la vida y estuvo a punto de quitársela.